

NOTAS DE FILOSOFIA

P. Alfonso López Quintás.

INTIMIDAD Y EXPRESIVIDAD

Tal vez no haya en la mejor Estética actual un concepto tan fecundo como el de *expresión*, que, aliado al de forma, da a la visión de las obras artísticas dinamismo y firmeza a la par, integrando el concepto de evolución al de estructura. La expresión ha de ser vista como un proceso de revelación de los seres de *dentro afuera*, rigurosamente genético. Sólo así es posible entender las obras de arte como algo dotado de personalidad que puede establecer con el observador esas *relaciones de presencia* en que se funda la más genuina contemplación artística. A esto aludía en mi artículo "Lo profundo, lo viviente y lo bello", al escribir: "La capacidad de fundar relaciones de presencia depende a su vez de la capacidad de autoexpresión que poseen los seres dotados de intimidad y profundidad. Visto sinópticamente este complejo de fenómenos, la belleza, la expresividad y la profundidad aparecen estrechamente ligadas en un trasfondo de misteriosidad común que no es sino el enigma eterno de la vida."

Nada más importante para comprender en todo su alcance los fenómenos artísticos que ahondar en la correlación de *intimidad y expresividad*.

"La expresión verdadera—escribe el esteta Dufrenne—es discreta y no tolera la falta de pudor" (1). El poder expresivo brota de la intimidad de los entes profundos, y la intimidad, como caracterización jerárquica que es, implica un cierto dominio del espacio y del tiempo. Por eso subraya tan enérgicamente Dufrenne la necesidad de anclar la expresividad en el conjunto de la obra de arte, so pena de convertir a ésta en un pastiche al forzar la expresión yuxtaponiendo superficialmente elementos objetivos expresi-

vos. "La expresión no es en rigor analizable, a no ser en la medida en que se evade, en un primer momento, el análisis" (2).

El origen de la expresión no es tan fácilmente localizable como lo es en el ámbito objetivo el efecto de una causa determinada. La sacudida emotiva que nos produce a veces una modulación viene preparada por todo el paisaje musical anterior (piénsese en la Romanza del *Concierto en re* para piano y orquesta de Mozart). El primer encuentro con una realidad expresiva debe venir dado, pues, por una relación de presencia, que entraña una forma de contemplación global y profunda que supera la concreción analítica y la prepara. La expresión es algo cualitativamente unitario y procede de un centro unificante, creador de ámbitos de intimidad. "Por estar dotado de una especie de interioridad—escribe Dufrenne del objeto estético—es capaz de expresión" (3). Este tema nos lleva de la mano a consideraciones extraordinariamente fecundas acerca del misterio del ser.

Por la fuerza misma de su ser, todo ente se trasciende a sí mismo en un proceso de autoexpresión que se da en un ámbito de mayor o menor amplitud en razón directa a la densidad ontológica del ser expresante. La planta se expresa en su mero ser; el hombre se revela a través de todo su mundo específico. De ahí la constitutiva atenencia de cada ser a los seres de su entorno (*Umwelt*) o de su mundo (*Welt*), que expresa la *ley de la distensión*. Todo ser vive en tensión de trascendencia, y *el alcance de ésta mide la perfección de aquél* (4).

(2) *Ibíd.*

(3) *O. cit.*, págs. 408-9.

(4) Véanse las profundas observaciones que hace al respecto Urs von Balthasar en su obra *Wahrheit*, pág. 80.

(1) Cf. *Phénoménologie de l'expérience esthétique*, I, pág. 408.

Esto indica que hay una misteriosa correlación entre esta tensión de despliegue y la tensión de repliegue que llamamos intimidad. De ahí que, a medida que alcanza ésta cierto nivel de perfección, el proceso de autoexpresión no es automático, sino *libre*. La expresión se convierte rigurosamente en *revelación*. Conviene, por ello, insistir en que la intimidad no indica un *lugar recóndito*, sino el *elemento expresante* que se halla en un plano superior al de los medios objetivos expresivos, y sólo es accesible a través del medio *analéctico* de la expresión. Todo fenómeno expresivo viene a ser, pues, la revelación a través de lo objetivo de algo superobjetivo que goza de cierta dosis de intimidad, es decir, de dominio del espacio y el tiempo.

En este poder radica su capacidad de fundar relaciones de *presencia*. El hecho cotidiano de la sonrisa humana es un fenómeno modélicamente analéctico que sobrecoge si se lo ve como la revelación súbita de una presencia. Toda presencialización implica la objetivación de algo superobjetivo, la puesta a mano de una trascendencia. Que no se opera aquí una *objetivización* sólo es comprensible si se advierte la *diferencia de planos* en que se dan los dos términos del acto expresivo. Esa *objetivación* debe ser entendida en sentido positivo-creador, como una trasfiguración de los elementos objetivos, obtenida mediante la saturación de sentido de los mismos.

Esta concepción confiere a los entes un relieve ontológico tal que desvirtúa toda teoría del Conocimiento basada en la tendencia reductora del espíritu científicista.

Nada más importante, pues, que subrayar la analogía de la superobjetividad, descubriendo el grado de intimidad entitativa que encierran los diversos estratos de ser (5). En la actualidad disponemos de material suficiente para arrojar luz sobre este tema decisivo, merced a los últimos avances de la investigación física y biológica.

* * *

Que incluso en la llamada *materia muerta* se debe aceptar un determinado grado de interioridad es una conclusión a que ha llegado la Ciencia actual a través de estudios puramente experimentales (6). Las dificultades extremas a que aboca el intento de situar las partículas de la Microfísica en el espacio y el tiempo obliga a reconocer en el núcleo de la materia una forma de ser más *flexible* (souple) de lo que se

(5) Nótese que no se trata aquí en modo alguno de una extrapolación de categorías personales a los estratos infrapersonales, sino de la captación analógica de fenómenos semejantes. Partiendo de lo superior para captar lo inferior se está en disposición de dar a las estructuras de éste todo su valor. Si, por el contrario, se estudian los fenómenos más complejos a base del análisis categorial de los más simples, existe el peligro de reducir ilegítimamente la amplitud de su significación.

(6) Véase mi obra *Metodología de lo suprasensible*, cap. I. Edit. Nacional. Madrid, 1963.

venía considerando como esencial a lo cósmico-fáctico. La noción de objeto cede el puesto a la de "campo", y se destaca al modo "atmosférico" de existencia de las entidades fundamentales. Las leyes causales deben ser sustituidas por leyes estadísticas que implican un nuevo concepto, más depurado y amplio, de rigor cognoscitivo (7).

Conrad-Martius habla de la necesidad de admitir *realidades de cuatro dimensiones* y un modo de intuición intelectual capaz de adentrarse en las mismas. Con todo fundamento se sospecha hoy día que el último reducto de la "materia inanimada" viene constituido por un "núcleo inintuible" (8) que vela su secreto al método científico basado en el *análisis objetivo de lo cuantificable*. La historia sobrecogedora de los últimos avances de la investigación en el ambiguo campo de la Microfísica revela inequívocamente el carácter enigmático que muestra la realidad cuando se la estudia con radicalidad genética, más allá de todo conformismo espectacular y pragmatista. Pues lo singular de esta historia no consiste en el número e importancia técnica de los hallazgos realizados, sino en la calidad de los mismos, que va situando a la Ciencia en niveles cada vez más inintuibles, más ambiguos, más inasibles con los medios del conocimiento objetivista. Lo cual indica el trasfondo de riqueza ontológica que alienta en el seno de la naturaleza "inerte". Un pensador bien impuesto en el conocimiento de la Ciencia actual, Aloys Wenzl, se inclina a admitir un primer germen de libertad en la misma materia (9).

Si se leen entre líneas las manifestaciones de los investigadores se advierte que en el fondo lo que urge es admitir incluso en la materia una dualidad de planos, analécticamente interrelacionados, de los cuales el superior se expresa en el inferior. Con lo cual se indica la orientación positiva del pensamiento analéctico, que no encalla en el Irracionalismo agnóstico de quienes consideran lo profundo como un *en sí inaccesible*. La expresión es la *revelación analéctica de lo profundo*.

* * *

Al ascender al plano de la *vida vegetativa* se observa una caracterización más nítida de los ámbitos *exterior* e *interior* que pende del mayor grado de intimidad de esta forma de ser. Pero conviene notar inmediatamente que no se trata de una simple escisión o distanciamiento, sino de un *mayor poder* sobre la flacidez discursivista de lo meramente empí-

(7) Sobre este concepto fundamental de rigor específicamente filosófico, véanse las obras siguientes: B. Kasm: *L'idée de preuve en Métaphysique*. PUF, París, 1959; G. Vallin: *Etre et individualité*, PUF, París, 1959; y mi citada obra: *Metodología de lo suprasensible*.

(8) Cf. Urs von Balthasar, *Wahrheit*, pág. 86.

(9) Cf. *Philosophie der Freiheit*, Filser Verlag, München, 1947.

rico, razón por la cual esta diferenciación más neta de las dos vertientes de exterioridad e interioridad se traduce en un *incremento de la capacidad expresiva*. De ahí que la desconcertante búsqueda de la intimidad (Innen) de los entes vivos no pueda ser llevada a buen término por el método cientificista objetivo, que se mueve horizontalmente a lo largo de un solo plano.

Lo importante para mi intento es destacar que los conocidos datos experimentales acerca del poder que tienen los seres vivos de autodirección, configuración, regeneración, propagación, etc., son expresión fiel de la existencia de dos niveles, al superior de los cuales no tiene acceso el método experimental-objetivo. Aquí resplandece con claridad la insuficiencia de todo método univocista que se reduzca a yuxtaponer en una misma línea un número indefinido de datos (10). Por basarse en una diversidad analéctica, esta inadecuación es fuente no de inaccesibilidad, sino de expresividad, es decir, del extraño poder de *revelar* lo profundo como *misterioso*: tensa paradoja que denuncia la fuerza interna del ser, capaz de hacer frente a la tendencia profanadora del método analítico.

Lejos de ocultarse, el ser viviente se revela al vivir, fenómeno que implica el poder de cobrar intimidad en la distensión espacio-temporal. Su existencia misma es, de por sí, palabra que revela el misterio de la vida.

Con lo cual queda dicho que el conocimiento por vía de expresión es todo menos violento y coactivo; al ser indefinidamente elástico y rico en posibilidades, el principio vital sólo puede ser conocido en reverencia como un centro irreductible de *intimidad* y *originariedad*. La vida es por esencia *origen* (Ursprung), salto originario a realidades primarias. Así como la obra de arte bien delimitada y precisa habla al entendido de las mil posibilidades inéditas que el artista debió ir dejando al margen en el proceso de creación, toda forma viviente que llega a su debido logro alude a mil y mil posibilidades diversas que no han tenido realización. Al hombre suficientemente humilde para leer el sentido oculto de los fenómenos profundos, esta interna riqueza le inspira una actitud de *piedad*, que es amor reverente al misterio de los seres profundos, cuya verdad jamás se deja agostar por un conocimiento ahído de claridades objetivas absolutas. Lo característico del fenómeno expresivo es que revela algo que supera los medios objetivos a través de los que se expresa, y de ahí su trasfondo de honda melancolía, que, en su vertiente positiva, es un sentimiento de admiración ante la presencia de lo trascendente.

En el ámbito de la vida animal surge un fenómeno hasta ahora inédito: *la libertad expresiva*. Al

destacarse de los medios expresivos por su mayor elevación entitativa, la intimidad del animal cobra un cierto dominio sobre los mismos que se traduce en libertad de expresión.

Aquí incide la ley decisiva según la cual la libertad de expresión está en razón directa de la independencia *existencial* en que se halla el término superior respecto al inferior. Si el hombre para subsistir no precisa de la serie de movimientos faciales que constituye la base objetiva expresiva de lo que llamamos una *sonrisa*, la libertad con que realiza este acto será tanto mayor. El espíritu se encontrará frente a frente con un *contenido de sentido*, y lo expresará siguiendo una *moción libre* de su voluntad.

Lo característico de la intimidad es ser irreductible e inexpropiable. Su única ventana al exterior es la expresión a través de los medios objetivos expresivos, pero, a causa de la radical insuficiencia de éstos—que se hallan en un nivel inferior—, en el seno de todo proceso expresivo se alberga el misterio, y la proximidad de la comunicación expresiva es subentendida por la distancia de la diversidad ontológica que brota de la intimidad.

Pero sucede que a este mayor desnivel entre los términos del acto expresivo responde un mayor dominio del espacio y del tiempo y, por tanto, una capacidad proporcionalmente superior de fundar ámbitos de presencia. La distancia de reverencia engendra así relaciones de cercanía *espiritual*, que salvan con creces en el nivel superobjetivo la escisión practicada en el nivel objetivo (11). Este es el lugar decisivo en que el entendimiento entra en íntima colaboración con la voluntad y el sentimiento.

El animal ya no es como la planta mero *fruto* de una expresión, sino el acto de la misma, pues no sólo expresa algo, sino que se expresa a sí mismo. Su libertad, sin embargo, está limitada a los cauces que le traza su naturaleza. Por eso en la expresión animal—fenómeno que sirve a la conservación propia y a la de la especie—hay tan alta dependencia existencial entre los dos términos de la misma.

Lo decisivo es notar en primer lugar que, independientemente del grado de libertad del acto expresivo, tiene sentido toda forma de expresión que revele una interioridad; y, en segundo lugar, que a mayor intimidad del término expresante se hace éste a la par más profundamente misterioso y más fácilmente accesible, ya que en los planos superiores la cercanía es más acendrada, pero deja ver con mayor *claridad* su carácter de *misterio*.

En el hombre, ser espiritual capaz de separarse de lo exterior y de sí mismo mediante el poder de reflexión que implica con naturalidad con lo profundo (el hombre es coteráneo y contemporáneo de lo profundo), la *libertad* se inserta entre el ámbito de interioridad expresante y el de exterioridad expresi-

(10) Esto explica la deficiencia metodológica de autores como Max Hartmann, que pronostica para el futuro la posibilidad de explicar mecanístamente los fenómenos de la vida.

(11) Una vez más se verifica aquí que no hay más forma de unidad auténtica que la jerárquica.

va, porque ambos están integrados en el proceso de autorrevelación de un ser dotado de un alto grado de intimidad. La energía expresiva no discurre en éste del interior al exterior de modo automático, sino bajo el poder de decisión del espíritu.

Pero aquí se impone observar que esta libertad opera sobre el modo de realización del acto expresivo, no sobre su existencia en general, ya que la *energía ontológica del ser espiritual postula constitutivamente la posibilidad de distenderse en ámbitos expresivos* (ley de distensión). Lo cual nos revela la regla de oro del conocimiento analéctico, según la cual, en aparente paradoja, *la accesibilidad de un ser está en razón directa de su intimidad* (12). (Así, por ejemplo, el hombre revela más claramente que el animal su interioridad y, por tanto, el carácter misterioso de su ser.) De ahí que, inversamente, a mayor densidad entitativa y, por tanto, mayor intimidad, menos accesibilidad de tipo universal. El animal expresa lo que es *inmediatamente* (es decir, involuntariamente, sin la mediación de la decisión libre).

Pero esta pérdida de la *inmediatez de inconsciencia* significa el logro de la verdadera *inmediatez de la comunicación libre*, que es más profunda por realizarse en amor. A medida que ascendemos en la escala de los seres, la Naturaleza se revela de un modo más perfecto, pero lo que revela es justamente la intimidad misteriosa de su ser. De esta conjunción de la plenitud y la profundidad en el seno de lo íntimo brota la libertad y vivacidad características de la expresión humana, que goza de una forma superior de inmediatez.

De esta primera ley se deriva una segunda, decisiva para el problema de la expresión, es a saber, que lo *superobjetivo* se expresa a través de lo *objetivo* sin objetivarse. Sin esta garantía de profundidad, el fenómeno expresivo se diluiría en una serie de imágenes sin relieve que no podrían fecundar el espíritu del hombre. Toda verdad que es fruto de la revelación de un ser íntimo implica siempre una cierta dosis de misterio, por estar necesariamente escindida en objetividad y superobjetividad, expresión y contenido.

No hay, pues, ninguna verdad puramente *objetiva*, y esta no-objetividad del objeto-de-conocimiento exige, por parte del sujeto, la movilización de todas las facultades a que alude el vocablo *fe*, por tratarse, más que de conocimiento, de un re-conocimiento de la profundidad, intimidad y personalidad o cuasi-personalidad del objeto. Cuando es éste un ser libre, su autoexpresión constituye un *testimonio*.

De aquí se sigue que no procede despreciar el conocimiento por *fe*, considerándolo, frente a la rigurosidad del conocimiento científico, como algo sub-

jetivo (en sentido de arbitrario), pues esta subjetividad es en este contexto exponente de *superobjetividad*, condición esencial a la vida del espíritu que es distensión en ámbitos de *libertad entitativa* (13). A la revelación por vía de testimonio responde el conocimiento por *fe*, o re-conocimiento de la fidelidad de quien se autorrevela en libertad. De ahí que negarse a prestar crédito a la palabra de otro sea hacer un deshonor a su persona.

Esta libertad del sujeto y del objeto nos indica que, respecto al hombre, si la ley de la distensión empieza limitando su autonomía, es con vistas a potenciar su capacidad expresiva y perceptiva en un grado imprevisible, por las indefinidas posibilidades que se abren al espíritu humano en la interrelación dialógica.

No conviene, por tanto, limitarse, como es frecuente, a subrayar la constitutiva distensión del espíritu en campo de "objetividad". "La autoposesión—escribe Urs von Balthasar—está unida en el espíritu a la primaria autodesposesión del mismo tal como se da en la atenencia a objetos ajenos. En el círculo cerrado de su ser-para-sí se abre la profunda e irrestañable brecha de la receptividad" (14). Esta posición, justa en el fondo, no destaca suficientemente algo fundamental: el nivel al que debe darse esa necesaria distensión si ha de fecundar el espíritu humano.

El espíritu "llega a sí" a través de lo "ajeno" no por una especie de mecánico rebote o por una ley de reflexión luminosa, sino por el enriquecimiento que implica la distensión dialógica en campo de seres profundos. "Llegar a sí" indica plenitud, logro de las propias posibilidades, autonomía lograda dinámicamente mediante un proceso de lo que Jung llama *individuación*. Pero ésta sólo puede darse, cuando se trata de un ser libre, en la dialéctica del dar y el recibir a un nivel de comunicación y encuentro. Y éste es un ámbito de *originalidad y riqueza entitativas*. Pues, a pesar de la mediación de lo sensible y la discursividad, que por su sumisión al espacio y al tiempo, respectivamente, son medio expresivo y velo a la par que resta intensidad y pureza a la originalidad de los contenidos expresantes, es un hecho que la libertad del elemento expresante se traduce en *novedad ontológica* en el fruto de la expresión. De ahí la sobrecogedora semejanza de una palabra veraz, dicha por un hombre auténticamente libre, y una obra de arte creada por un verdadero artista. De los labios de un gran poeta las palabras brotan con frescura fontal (15). La obra del genio lleva en la frente el sello de la irrepeticibilidad creadora. Estamos ante el fenómeno del *origen*, que es un salto (Ur-sprung) a un nivel nuevo e irreducible.

(13) Cf. Urs von Balthasar, O. cit., pág. 100.

(14) Cf. O. cit., pág. 101.

(15) Max Picard supo expresar esto con acierto y profundidad poética. Véanse, por ejemplo, sus obras: *Die Flucht vor Gott*, Rentsch Verlag, Zürich, 1948; *Die unerschütterliche Ehe*. Rentsch Verlag. Zürich, 1962.

(12) Entendida la intimidad como un poder configurador, ontológicamente expresivo, se comprende fácilmente que esta pretendida paradoja responde a la ilegítima aplicación de categorías espacio-temporales a un problema que se mueve en dos niveles distintos.